

TRAS EL RUMBO DE HUME EN LA INVENCION DE TLÖN
VERSIONES PARÓDICAS DE EL OTRO, EL MISMO



Marina Martín

*I swam as fortune directed me, and was pushed forward by wind
and tide... but when I was almost gone, and able to struggle no
longer, I found myself within my depth.
Jonathan Swift, Gulliver's Travels, I*

*Connaître bien une ville... c'est maîtriser l'art de s'y perdre.
Ivan Almeida, Variaciones Borges 8 (1999) 12*

I

No es arriesgado asumir que una de las joyas más afamadas de la producción borgesiana, como es el relato de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius," siga llamando la atención de la crítica y siga abriendo horizontes intelectuales que, lejos de agotarse, se bifurcan en otros, o regresan sobre sí mismos proyectando nueva luz. Tampoco es aventurado imaginar que la investigación filosófica sea una de las más beneficiadas. El brillo de este relato seguirá siendo un foco orientativo en la navegación del pensamiento y el alcance de sus metáforas seguirá fertilizando la imaginación. Esclarecer la riqueza del texto borgesiano, contribuyendo su porción en tal avance, es el objetivo del presente estudio.

Necesario es apuntar, en primer lugar, que el establecimiento de los vínculos que unen a J. L. Borges con David Hume sobrepasa los límites aquí fijados. También lo sobrepasa la propuesta de un minucioso análisis del impacto que el filósofo escocés tiene en la invención de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. Baste señalar el papel que aquí juega, factor que, sin agotar la magnitud de las implicaciones de esta fábula especulativa, es sin embargo crucial.

Borges y Hume comparten un mismo terreno epistemológico bajo el cual se distinguen diversas capas de sedimentación. Una de las más profundas es el escepticismo. Y también una de las más distintivas. Se eleva sobre una base fundacional –la premisa epistemológica de Berkeley *esse est percipi*– que recorre su obra de principio a fin y se dispersa en todas las direcciones, sin estridencias, abriendo camino en ambos casos a los profundos surcos y fluidez de la ironía, del humor e incluso, como ocurre en el escritor argentino, de la fantasía.

En el “Epílogo” de *Otras Inquisiciones*, como es bien sabido, Borges se declara escéptico:

Dos tendencias he descubierto, al corregir las pruebas, en los misceláneos trabajos de este volumen. Una, a estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aun por lo que encierran de singular y maravilloso. Esto es quizá indicio de un escepticismo esencial. (OC 2: 153)

No es la primera ocasión –ni la última– en la que Borges brinda una afirmación de tal peso, pero sí es, probablemente, una de las más centrales. Innumerables son las veces en las que de manera implícita el texto borgesiano *asume* una postura escéptica. Y la crítica no ha sido indiferente a tal hecho. Teniendo en cuenta este rasgo definitorio, Saúl Yurkievich, por ejemplo, enfatiza en “El doblez humorístico” su importancia. Reconozcamos, pues, que el poder fabulador de Borges hace funcionar a *fondo* la conjetura y las variaciones hipotéticas. Admitamos también la tendencia a poner en tela de juicio, como ocurre en “Tlön,” tanto dudas como creencias. Y observemos, siguiendo los pasos de Yurkievich, que el espíritu palpitante de dichas fábulas desemboca en un escepticismo que permite “no ser enajenado por la emoción ni subsumido por lo trágico o lo patético” (167). Ese sentido del equilibrio, fuente de simetrías y lucidez, esa

orientación enciclopédica del saber, esa ironía que vuelve sobre sí misma y se embarca, a pesar de todo, en las profundidades de la metafísica relativizando costumbres y visiones, coincide en gran parte con el espíritu que animó el Siglo de las Luces y que ilustran muy bien tanto David Hume como Jonathan Swift, por ejemplo.

El cuestionamiento de la razón y la indagación de sus límites a través del lenguaje, así como el hechizo que ejerce en la mentalidad del siglo XX, viene ejemplificada de manera singular por Wittgenstein. En el estudio que Ivan Almeida hace en “Ce que la ville donne à la pensée” se concentra, bajo la inspiración de este filósofo, una intensa trama de intuiciones, sugerencias y nuevos desafíos que iluminan conceptos claves de la obra borgesiana. Las reflexiones sobre el lenguaje, la semiótica, la ciencia y, en definitiva, sobre los límites del conocimiento, traducen el profundo interés que estos temas despiertan en Borges, inquietud que surcó por entero su vida y su obra. El ensayo de Almeida abre horizontes interpretativos en los que figura la proyección de Wittgenstein en la obra de Borges, tarea que connota una intrínseca duplicidad a la hora de entablar un diálogo no ya con el autor del *Tractatus*, sino también con el de las *Investigaciones*. En lo que concierne a la invención del hipotético planeta retratado en “Tlön,” es la presencia del *Tractatus*, junto con la filosofía de Hume –tanto en su vertiente epistemológica y, por tanto deudora de la doctrina de Berkeley, como en la vertiente naturalista– la unión de fuentes contextuales más dominantes y cruciales en el entendimiento del planeta imaginario.¹ El diálogo intertextual que brinda el relato se enriquece a medida que se teje una red sinuosa de

¹ No se pretende descartar aquí la proyección que la obra posterior de Wittgenstein tiene en este cuento de Borges. Siguiendo los pasos de H. Finch en *Wittgenstein –The Later Philosophy* conviene apuntar que la evolución del pensamiento de este filósofo, tanto en su primera etapa como en la última, revela directrices presentes en las dos. El interés que centra en el lenguaje caracteriza su obra desde el principio hasta el final. El problema, en cierto sentido, no es alcanzar una meta, sino cómo entenderla y expresarla: “[Wittgenstein] was not searching for a vision; he had one from the beginning. What he was searching for were the ways to understand it and to express it” (239). Estas reflexiones pueden aplicarse también a Borges.

sugerencias. Por este motivo la descodificación de la tupida trama de planteamientos y guiños humorísticos puede ser ingente. Aun así, el trayecto es tan bello y sorprendente como su fin, que concluirá, una vez más, adentrándose en las moradas de la metafísica –y del asombro.

Al igual que en tantas ocasiones, Borges es un maestro de la *síntesis hermenéutica*, técnica que, como indica Cristina Parodi, ejerce con dominio y precisión: “Si Borges pudo decir que ordenar una biblioteca es una forma silenciosa de ejercer el arte de la crítica, resumir un discurso es ya una forma lacónica de ejercer el arte de la hermenéutica” (93). Descodificar y analizar la trama de referencias intertextuales es una labor crítica necesaria, pero sumamente compleja en tanto que su cumplimiento puede ser proclive a la acumulación desmesurada de datos. Vale la pena no perder de vista la condensación y eficacia del discurso borgesiano y tomarla como guía en la medida que es posible.

II. EL VIAJE DE VUELTA

Una de las lecciones que nos depara el relato de “Tlön” es que nuestro planeta, o nuestro mundo, no es, en verdad, menos extraño – incluso menos inverosímil y extravagante– que el planeta imaginario. Desplazándonos de nuestra ubicación, perdiéndonos, se posibilita un reencuentro de mayor vigor y perspectiva. Necesario es también ver la otra cara de la moneda: Descubrir sorprendentemente que la efigie de ese *otro* mundo que creíamos lejano, misterioso y ajeno, termina dándonos nuestra propia imagen. Emerge pues un retrato extrañamente familiar, que no es sino el *mismo* perfil cotidiano de nuestro entorno. El viaje de vuelta se opera sobre un tercer plano sintetizador: el punto de llegada no es otro que el punto de partida. Así, mediatizado por la imagen de la otredad, el viaje de regreso supone, en definitiva, una reconciliación. En su seno vibra inquietante una revelación que, henchida tanto de ironía como de humildad, transforma los límites de nuestro mundo en el *silencio* – meta final de ese inevitable campo de batalla que es la metafísica.

Afin al espíritu que se deja entrever en la invención del misterioso planeta es la conclusión a la que llega el *Tractatus*: “Wovon man

nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen" (T.7). Mejor callar para dejar hablar al silencio, la ausencia, el "destierro" –o la metáfora: los metafísicos de Tlön ya no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud, sino el asombro. Es quizá el momento propicio para que la paradoja, entraña de la filosofía, el arte y el misticismo se fundan en los bordes del silencio.

En la célebre Conclusión del Libro I del *Tratado de la naturaleza humana*, Hume hace un alto en el camino y vuelve la vista atrás. La senda que vislumbra da muestras del fervor con el que inició su viaje epistemológico, pero revela también las inquietantes incógnitas que asaltaron el trayecto y, ante todo, la dificultad de concluir la aventura con un mínimo de optimismo. El curso de su investigación le había llevado a un paraje desconocido. El pasado se presentaba inalcanzable y el futuro incierto. Preferible a sucumbir en el naufragio era aceptar la necesidad de anclarse a un conocimiento que, aunque precario, provisional –e incluso ilusorio– cumpliera, sin embargo, una misión vital: "We have, therefore, no choice left but betwixt a false reason or none at all" (*Treatise* 268). Aceptar esta creencia en el Siglo de las Luces implicaba una buena dosis de acatamiento, también de ironía.

Detener la navegación por los confines de la mente y del conocimiento humano suponía renunciar definitivamente a soñar. Pero no lo hizo. Tampoco aterrizó en la idea de que el sueño de la razón pudiera producir monstruos. Su obra carecía de la estremecedora visión que magistralmente ofrecería después *La Quinta del Sordo*. Y a su temple nunca le abandonó un sentido de medida y de sujeción al ideal, aunque ilusorio, del "buen juicio."

Consciente también de las limitaciones y conclusiones que se revelan en un estudio clave de la filosofía occidental, como es el *Tratado de la naturaleza humana*, Borges se embarca a su vez, con humor y plena aceptación de las consecuencias, en una empresa utópica. Se trata en definitiva de una tendencia quijotesca que se trasluce en toda su producción y que como una barca batida por el temporal –tomando la metáfora de Hume– navega "into the immense depths of philosophy" (*Treatise* 263).

Escrito en 1940 e incorporado después en *Ficciones* (1944) "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" presenta uno de los temas más debatidos en la

filosofía contemporánea: el conocimiento del mundo externo. Los comienzos del siglo XX vislumbran un regreso al origen de la complejidad metafísica, aunque bien es cierto, por otro lado, que la historia de la filosofía abunda en pasajes que cuestionan de lleno la experiencia sensorial. Y es éste, según se desprende de la obra borgesiana, verdaderamente un hecho que afecta tanto a la tradición occidental como a la oriental. Bien sea en el misticismo hindú, en la filosofía monística -griega y moderna- de Parménides en adelante, en Berkeley, o en la física moderna, según apunta, Bertrand Russell, la lección de cautela es común: "We find sensible appearance criticized and condemned for a bewildering variety of motives" (*Our Knowledge* 70). A comienzos de siglo, en 1914, Russell llama, pues, de nuevo la atención sobre un tema "vital," como es el cuestionamiento de la existencia del mundo externo (70). En su célebre "In Defence of Common Sense," escrito en 1925, G. E. Moore sale en defensa de la creencia común en la existencia del mundo externo. Y después, en 1939, con otro nuevo ensayo, "Proof of the External World," emprende su refutación del pirronismo intentando consolidar la creencia en un mundo externo de objetos y de yoes.² Es éste precisamente uno de los objetivos que Wittgenstein se propone desbancar en su obra póstuma *Über Gewissheit* (1955) y que corre implícito en todo su pensamiento anterior. Son varios los filósofos que se distribuyen en uno u otro bando. No cabe la menor duda de que Borges sigue con atención el fértil debate, pero su estrategia de estudio es radicalmente diferente. Elige la ficción. Y lo hace no para separarse o desentenderse totalmente, sino para lograr el discernimiento, la amplitud y lucidez que la metáfora puede deparar. Tal es el caso del presente relato, que ejemplifica a la perfección dicha tendencia. Tras la invención de un planeta regido por los principios epistemológicos de Berkeley y de Hume, Borges no sólo plantea sino que ilumina uno de los temas más polémicos de la filosofía contemporánea.

² Aunque estos ensayos defienden una postura muy diferente a la de Hume, no es necesario insistir que es la presencia de este filósofo una de las fuentes referenciales de Moore. De hecho, uno sus primeros ensayos "Hume's Philosophy" (*The New Quarterly*, 1909), recogido más tarde en *Philosophical Studies* (1922), da muestras de dicho interés.

En los debates filosóficos del siglo XX surge también un creciente interés en las doctrinas de Berkeley y de Hume. Así por ejemplo, A. J. Ayer admite abiertamente que, si bien su postura se inspira en Russell y Wittgenstein, el pensamiento de estos filósofos viene en último término a ser, en su opinión, “the logical outcome” –el resultado lógico– del empirismo de Berkeley y Hume (41). Paralelamente, en “Nueva refutación del tiempo,” Borges confiesa haber deducido también de estos dos filósofos lo que él entiende como “la consecuencia inevitable de su doctrina” (OC 2: 135). El impacto de Hume en la filosofía contemporánea cunde predominantemente en la teoría de la ciencia inductiva y en el debate de la existencia del mundo externo. Borges tampoco escapa a este hechizo. A través de un hábil despliegue de metáforas y parodias, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” ilustra con ironía e imaginación, valiéndose de la doctrina humeana, el pensamiento de Borges sobre las demarcaciones y arrabales de la mente y del lenguaje.

III. DOS VISIONES EN CONFLICTO

La rica complejidad del texto borgesiano no se presta a interpretaciones unidimensionales. Ocurre con frecuencia que la fuerza de lo meramente insinuado es más poderosa que la presencia de lo explícito. Y en otras, la inesperada aparición de un nombre o de una referencia, lejos de ser casual o arbitraria, conduce sin embargo al pilar arquitectónico de la invención. Esta es la fórmula que se da en la insigne fábula de un planeta imaginario. En un momento dado, la voz narrativa de “Tlön” deja caer, aparentemente de manera casual, una observación filosófica: “Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción” (OC 1: 435). La cita proviene efectivamente de la primera *Investigación* de Hume, en concreto de uno de los capítulos más centrales y concluyentes (EHU Sec. XII: 155). Y no es la primera vez que Borges la registra en su obra. El ensayo “La postulación de la realidad,” escrito en 1931, se abre precisamente con la misma cita (OC 1: 217).

“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” comporta una osadía intelectual tan lúcida como necesaria y su alcance interpretativo ilumina regiones

del pensamiento de Berkeley y de Hume que guardan relación con planteamientos contemporáneos sobre el lenguaje. Llevados de la voz narrativa, se nos informa también que la respuesta de Hume a Berkeley sólo es válida en nuestro planeta, no en Tlön: “Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön” (OC 1: 435). Las implicaciones de esta hipótesis, y la imaginación con la que se desarrollan, en buena medida convierten este relato en un planteamiento hermenéutico y epistemológico de gran visión. En lo que a la narrativa en sí se refiere, valga señalar que en estos momentos, en los que se nos llama la atención sobre la marcada diferencia entre los dos mundos, estamos muy lejos de imaginar el vuelco paródico que se perfila al final del relato. Sin embargo, una vez puesto de manifiesto el contraste entre los dos planetas, la progresiva *intrusión* de elementos descriptivos que se asemejan cada vez más a los de la Tierra –análisis cuya amplitud traspasa el presente estudio– terminará borrando fronteras.

Tlön se convierte en una imagen paródica de nuestro planeta. Jaime Alazraki es uno de los primeros en detectar el sutil giro desvelando la habilidad narrativa de esta fábula, que equipara a la de un mago: “Borges construye un planeta que de antemano es presentado como imaginario, para persuadirnos luego, con toda la fina destreza e invisible paciencia de un mago, que ese planeta ficticio es el nuestro” (191). Falta sin embargo por delinear la manera en la que dicho efecto se logra.

La aceptación del principio epistemológico de Berkeley, y su consecuente deriva en el escepticismo de Hume como *modus vivendi* en Tlön, es lo que en primer término marca la diferencia entre los dos planetas. Se perfilan, pues, dos sistemas cognoscitivos diametralmente opuestos. Implícita en la réplica a Berkeley que Hume formula, la postura naturalista alude a la existencia de creencias o postulaciones vitales enraizadas en la fibra de las acciones cotidianas y del lenguaje. Su total extinción imposibilitaría la vida misma. Borges incorpora esta doctrina con gran humor. La dificultad de imaginar una vida radicalmente distinta a la humana –incluso la inviabilidad de adoptar “un sentido común” que contradiga los dictados y postulados del nuestro– queda ilustrada con ingenio en las fabulosas –y complicadas– descripciones de las lenguas vigentes en los dos

hemisferios de Tlön. El relato se asienta sobre el naturalismo de Hume, que *extiende* a la práctica lingüística iluminando con eficacia y alcance la compleja trama de sus implicaciones. Es ciertamente una manera pionera de ejercer la crítica filosófica, y por tanto diferente a la convencional, pero no por ello menos válida.

A medida que se avanza en la lectura de esta pieza de ficción y crítica, surge con mayor nitidez la creencia de que los límites de nuestro lenguaje son realmente los límites de nuestra experiencia. Cuanto más se intenta transgredir sus confines, más se consolidan las paredes del laberinto.

El poeta y ensayista argentino José Isaacson, en una de sus obras más recientes, *Teoremas*, aborda con admirable simbiosis de economía verbal, profundidad y erudición filosófica, el tema presente. "El Universo nos incluye y nos remite a la condición de *observadores incluidos*," declara (36). Nuestro estado, o nuestro signo, es, por tanto, intrínsecamente paradójico. Imaginar de esta manera, como se pretende en Tlön, un lenguaje que extrapola nuestras categorías, colocarnos fuera de él, es anclarnos en las periferias de nosotros mismos, convirtiéndonos, como indica Isaacson, en observadores incluidos. La formalización de la totalidad nos está vedada ya que no podemos dejar de ser parte de esa totalidad. Es decir:

Nuestra condición de observadores incluidos elimina toda posible cosmovisión de una totalidad que siempre analizaremos desde dentro aunque pretendamos hacerlo desde fuera. En ese margen de ambigüedad se instala la metafísica como parte indisoluble de nuestro ser. (36)

Gran parte del humor y de la ironía que se desprenden del relato de Borges pueden pasar desapercibidos si se valoran, por ejemplo, las supuestas descripciones del ficticio planeta como juegos artificiosos y ocurrentes que cumplen una función meramente narrativa. Al contrario: dichas descripciones, lejos de estar desprovistas de implicaciones contextuales, responden puntualmente al debate sobre el mundo externo tal y como fue retratado en las posturas epistemológicas de Berkeley y de Hume, aludiendo, por tanto, al cuestionamiento de la sustancia material –Berkeley & Hume– y de la espiri-

tual -Hume.³ Es más: la polémica sobre la postulación de un mundo externo cobra mayor entendimiento cuando la narración nos revela el supuesto *contraste* existente entre Tlön y nuestro propio planeta. Idear un sentido común opuesto al humano, y con un origen diferente, es uno de los logros más ingeniosos del relato, a la vez que supone un admirable corolario interpretativo a la filosofía inmaterialista de Berkeley. La postulación “escandalosa” de un mundo empírico compuesto de un manojo de percepciones discontinuas y en constante flujo, como base de la vida de un supuesto planeta, no deja de ser aleccionadora. Esa postulación, sin embargo, se identifica con los parajes mentales a los que llega el análisis atomista que ejerce Hume. Y se nutre, ni más ni menos, que de los propios componentes de nuestra experiencia. El *otro* sentido común sugerido en el relato, y de raigambre materialista, viene reflejado implícitamente en la respuesta que Hume da a Berkeley. Las mentalidades de los dos planetas se sitúan en este punto del relato en las antípodas de ellas mismas. La presencia de la filosofía humeana es aquí fundamental, entre otras razones porque implica, a su vez, la memorable doctrina del obispo irlandés, y que Hume admira con tanta ironía como sincera deleitación:

This argument [*esse is percipi*] is drawn from Dr. Berkeley; and indeed most of the writings of that ingenious author form the best lessons of skepticism which are to be found either among the ancient or modern philosophers, Bayle not excepted. He professes, however, in his title page (and undoubtedly with great truth) to have composed his book against the skeptics as well as against the atheists and free-thinkers. But that all his arguments, though otherwise intended, are in reality merely skeptical appears from this, **that they admit of no answer and produce no conviction.** Their only effect is to cause that momentary amazement and irresolution and confusion which is the result of skepticism. (*EHU* 155)

El tratamiento epistemológico del mundo externo que Borges ofrece en esta fábula encuentra su paralelo en el de Hume. Esta referencia, clave imprescindible en la comprensión del relato, se teje sobre un tupido sistema de diálogos intertextuales que, en definitiva,

³ Consúltese mi estudio “Visión escéptica en ‘Tlön, Uqbar, Orbis Tertius’”

estimulan y orientan el análisis filosófico. Al reformular a través de la ficción las observaciones que Hume hace a Berkeley, Borges no sólo ilustra, sino que ilumina diáfananamente la dicotomía *razón / sentido común* que se recoge a lo largo del Libro 1 del *Tratado*.

El principio inmaterialista de Berkeley, aplicado también con toda su pulcritud a la postulación de una identidad *personal* –como hizo Hume– fundamenta la vida, la psique, y las lenguas del planeta imaginario. Sin embargo, la hipótesis que revela la puesta en marcha en nuestros parajes de tal principio descubre la inviabilidad, o total supresión, de la vida tal y como la experimentamos. Falta averiguar si no implica también la supresión del lenguaje, entendido como base y presuposición de nuestro mundo, ilustrado, por ejemplo, en el *Tractatus*, o en las implicaciones de las categorías de la imaginación, de tan poderosa presencia en el *Tratado de la naturaleza humana*.

El pensamiento crítico de Hume observa con nitidez que el mundo mental se compone en última instancia de percepciones discontinuas y evanescentes:

[P]hilosophy informs us, that every thing, which appears to the mind, is nothing but a perception, and it is interrupted, and dependent on the mind; whereas the vulgar confound perceptions and objects, and attribute a distinct continu'd existence to the very things they feel or see. (*Treatise* 193)

Las tendencias naturales del sentido común, al suponer tras nuestras percepciones un mundo externo, carecen totalmente de fundamento; son de lleno incomprensibles: “entirely unreasonable” (*Treatise* 193). Nuestras percepciones, lejos de poseer una existencia externa y continua, surgen, desaparecen y vuelven a hacer acto de presencia en el único entorno al que necesariamente pertenecen: el mental –“our perceptions have no more a continu'd than an independent existence” (T 211). ¿Qué se necesita, pues, para persuadirnos, para *convencernos* de tal evidencia? Una alternativa es aceptar las incongruencias de nuestra cognición con humor, y trazar sobre ella los caminos del arte. Se nos revela, en definitiva, una lección no exenta de ironía: la postulación de un mundo externo más allá del mental, esa creencia irracional, absurda y del todo inadmisibles, como bien se señala en *Tlön*, es sin embargo aceptable, normal, e incluso imprescindible en nuestro mundo.

El interés que Borges muestra en el pensamiento herético –buenos ejemplos se encuentran en “Los Teólogos” y “La busca de Averroes”– guarda siempre intuiciones sumamente aleccionadoras, traspasadas, como lo están las páginas de *El Quijote*, de humor e ironía. Y si el lector se incluye como personaje implícito, el impacto no es en modo alguno pequeño. Cuando el contraste entre los dos planetas se pone de manifiesto y se nos informa que entre las doctrinas de Tlön “ninguna ha merecido tanto escándalo como el materialismo,” apenas hemos descendido a los niveles de pavor y sonrojo que nos brinda ese viaje introspectivo, que es el relato (OC 1: 437). Encarnamos los lectores, de alguna manera, el personaje de Gulliver, en tanto que la relativización de nuestra vida, costumbres y creencias, se trasluce en el contraste de dos cosmovisiones diferentes. Para las naciones “congénitamente idealistas” de Tlön el materialismo no alcanzaba a expresarse con claridad o sentido: “[e]l lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja” (OC 1: 437). El asombro creciente que experimentamos como lectores depara la revelación de que aquello que los habitantes del ficticio planeta no pueden entender – i.e., el absurdo– no es otra cosa que nuestra vida, los pilares de nuestro mundo.

En el diseño de una mente exenta de la dicotomía que Hume descubre en el análisis de la experiencia se invierte el rumbo de la cognición humana y se entreve un sentido común de naturaleza puramente *racional*. En este punto del relato, caracterizado por la oposición y la otredad, ni el mundo de Tlön ni sus lenguas nos son comprensibles. Más tarde, esta visión se vuelve hacia nosotros mismos.

A. A. Luce, uno de los críticos más afamados de Berkeley, sostiene que la doctrina de este filósofo “[is not] flagrantly opposed” –en modo alguno se opone– al sentido común (24). No todos comparten, sin embargo, esa opinión. De la lectura que nos depara el presente relato se deduce que Borges es uno de ellos. La voz narrativa de la fábula puede verse aquí, verdaderamente, como portavoz del mismo autor: La réplica de Hume comporta un dictamen “del todo verídico en su aplicación a la tierra, del todo falso en Tlön” (OC 1: 435). También el ensayo “La postulación de la realidad” califica la respuesta de Hume a Berkeley como “educada y mortal” (OC 1: 217). A diferencia de A. A. Luce, G. J. Warnock sostiene, paralelamente a

Borges, que el principio epistemológico de Berkeley *ser es ser percibido* carece de validez en nuestro mundo: "To put it bluntly, [Berkeley's] axiom that *esse is percipi* or *percipere*, that 'to exist' is 'to perceive' is certainly true of his world, but false of ours" (30). "Su mundo" no es otro que el imaginado por Borges en Tlön: lógico, pero inalcanzable.

El examen atento que Hume hace de los datos sensoriales despliega un mundo muy diferente al que proyectan los dispositivos naturales de la cognición. En el primero, el mundo es un conglomerado caótico de percepciones inconexas; en el segundo, sin embargo, se dibuja un mundo fenoménico de objetos y sucesos espaciales unidos por relaciones de causalidad en el tiempo, una realidad, en definitiva, cohesiva y fundamentalmente práctica: "Al principio se creyó que Tlön era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera de un modo provisional" (OC 1: 435).

Las piezas inconexas y rotas que revelan los datos sensoriales dan noticia de un mundo deshumanizado e incomprensible. El viaje que Hume emprendiera en el pasado le había conducido a una playa de desfigurados contornos: la desintegración de la experiencia. El mundo cotidiano y habitual se había desvanecido como por arte de magia. Pero este mundo desfigurado y nuevo, después de todo, no es otro que el nuestro. Y la sombra que proyecta revela su entidad en un *tercero*, centro de la reconciliación e identificación de los opuestos.

El descubrimiento de un nuevo planeta desemboca, pues, en un viaje epistemológico en el que la ironía, ancla final del trayecto, se asienta en una revelación estremecedora. Esa nueva tierra que se vislumbra, Tlön, ese mundo distante y extraño no es en verdad *otro*, sino el *mismo* espejo que nos devuelve nuestra cara; espejo paródico, ciertamente, pero también puntual. El mundo se convierte en nuestra propia leyenda.

Marina Martín,
St. John's University, MN.

OBRAS CITADAS

- Alazraki, Jaime. "Tlön, Asterión: Metáforas epistemológicas." *Nueva narrativa hispanoamericana* 1 (1971): 183-200.
- Almeida, Ivan. "Ce que la ville donne à la pensée." *Variaciones Borges* 8 (1999): 8-15.
- Ayer, A. J. *Language, Truth and Logic*. New York: Dover, 1952.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. 4 vol. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Finch, Henry Le Roy. *Wittgenstein -The Later Philosophy*. N.J.: Humanities Press, 1977.
- Hume, David. *A Treatise of Human Nature*. Ed. L. A. Selby-Bigge. Oxford: University Press, 1975.
- Hume, David. *Enquiries Concerning Human Understanding & Concerning the Principles of Morals*. L.A. Selby-Bigge-P. H. Nidditch. Oxford: Clarendon Press, 1975.
- Isaacson, José. *Teoremas*. Buenos Aires: Corregidor, 2001.
- Luce, Arthur Aston. *Berkeley's Immaterialism*. London: T. Nelson, 1945.
- Martín, Marina. "Visión escéptica en Tlön, Uqbar, Orbis Tertius." *Revista de Estudios Hispánicos* 24.1 (1990): 47-58.
- Moore, George Edward. *Philosophical Studies*. New York: Harcourt, 1922.
- Parodi, Cristina. "Las reformulaciones de Don isidro Parodi." *Variaciones Borges* 12 (2001): 77-94.
- Russell, Bertrand. *Our Knowledge of the External World*. London: George Allen & Unwin, 1972.
- Warnock, G. J. *Berkeley*. Oxford: Basil Blackwell, 1982.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Ed. D.F. Pears & B. F. McGuinness. London: Routledge & Kegan Paul, 1961.
- Yurkievich, Saúl. "El doblez humorístico." *Desesperaciones aparentes y consuelos secretos*. Ed. R. Olea Franco. México: El Colegio de México, 1999. 165-177.